CÁTEDRA DE SAN PEDRO (Fiesta de la).—Véase el artículo *Fiestas fijas*, II, 2.°

CECILIA (Santa).—La *gens Cæcilia*, familia senatorial romana, de la que procedía Santa Cecilia, poseía un hipogeo en la Vía Apia, enfrente del cementerio de Pretextato, abierto bajo el reinado de Adriano, á la izquierda de la misma vía. El hecho, mencionado ya en un pasaje de las Tusculanas de Ciceron (*Tuscul. quæst.*, I, 7), ha sido comprobado de una manera indudable á principios de este siglo, por el descubrimiento, encima del cementerio de Calixto, de columbarios y de sepulcros paganos pertenecientes á los Cæcilii. Á estos columbarios corresponden otras tumbas, cuyos epitafios confirman la profesión del Cristianismo en esta familia desde el siglo II: la lista de estos personajes empieza por L. Cecilio, Balbino, Vibullio, Pío, cuya tumba lleva la fecha del año 137. Quizá, como juiciosamente observa dom Gueranger (*Santa Cecilia*, edit. 1874, pág. 328), el establecimiento en este lugar de un nuevo hipogeo cristiano sea debido á la inciativa de la misma Santa Cecilia. Este hipogeo estaba separado del cementerio de Santa Lucina por la Vía Ardeatina; más tarde, galerías excavadas bajo la vía los pusieron en comunicación uno con otro. Hasta entonces, los Cæcilii cristianos tuvieron su sepultura en las criptas de Lucina, y una parte de la familia permaneció fiel á esta tradición.

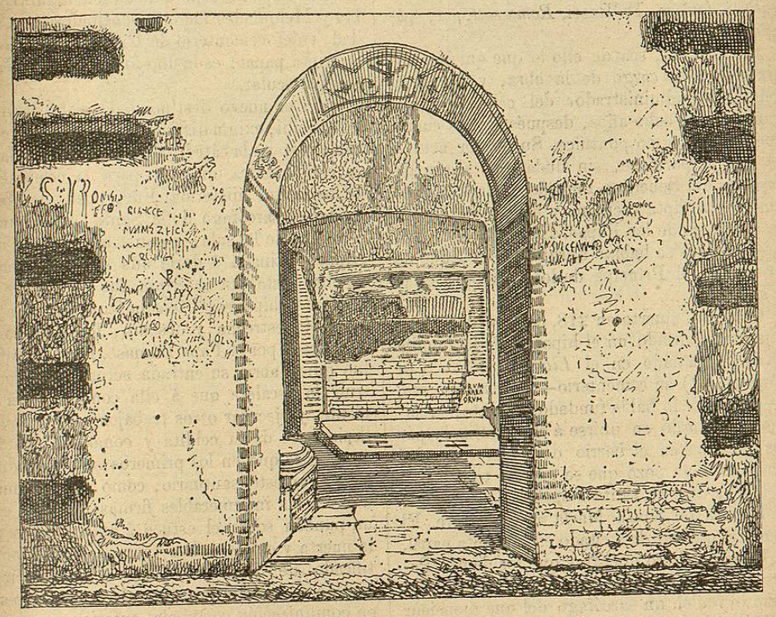
I. Primera sepultura de Santa Cecilia.—Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que en este hipogeo ceciliano fué sepultada la joven mártir; y esta sepultura le fué preparada por un obispo llamado Urbano. Este personaje, que según la opinión común, y más fundada, era el auxiliar ó el representante del Papa Eleuterio, tenía probablemente su residencia en un *pagus* de la región de la Vía Apia, donde los Cæcilii poseían una propiedad; de ahí las relaciones que se anudaron entre ellos, y el papel principal que Urbano desempeñó en las actas de Santa Cecilia. Sabemos que este Obispo fué sepultado, después de haber sufrido el martirio, en el cementerio de Pretextato, y una iglesia erigida bajo su título, sobre el emplazamiento de un templo pagano que todavía se conserva, no deja ninguna duda respecto á haber habitado en esta región. Por otra parte, no debe extrañarse que San Urbano haya servido de auxiliar al Papa Eleuterio, porque sin hablar de San Pedro, que ordenó á Lino, á Cleto y á Clemente, sin asignarles sillas particulares, está probado, por los sabios trabajos de Blanchini y de Papebroeck sobre la cronología de los Papas, que varios de ellos empezaron por ejercer las funciones de vicarios cerca de sus predecesores.

A consecuencia de las enmiendas y alteraciones hechas en las actas de Santa Cecilia desde el siglo VI, se había confundido á este obispo Urbano con el Papa del mismo nombre que ocupaba la silla pontifical en tiempos de Severo Alejandro, y que fué sepultado en la cripta pontifical, donde M. De'Rossi ha encontrado su nombre inscrito en la cubierta de un sarcófago: OYPBANOC, *Episcopos*, mientras que el martirio de Cecilia tuvo lugar medio siglo antes, bajo Marco Aurelio y Cómodo probablemente. Había allí una grande dificultad cronológica, sobre la cual, Adon, el bolandista Sollier y nuestro Tillemont, habían hecho sucesivamente alguna luz, y cuya dificultad ha sido destruída plena y definitivamente por M. De'Rossi. Sin entrar de nuevo en una discusión crítica, de ningún interés para el lector, bástanos haber expuesto en dos palabras los resultados de las investigaciones de estos sabios. Reanudemos, pues, el curso de nuestro relato.

No hemos de referir aquí hechos conocidos de todos: el matrimonio de Cecilia, la revelación del voto de castidad á su esposo Valeriano, el bautismo de éste por el obispo Urbano en su asilo de la Vía Apia, su martirio, el de su hermano Tiburcio y el del oficial Máximo, convertido por haber presenciado su constancia en medio de los tormentos, y la inhumación de los tres mártires en el cementerio de Pretextato, por los cuidados de Cecilia.

Por último, toca su vez á la virgen. Almachius, prefecto de la ciudad, la hizo encerrar en el *caldarium* de los baños de su propio palacio, calentado á una temperatura tal, que debía necesariamente asfixiarla; pero después de un día y de una noche fué encontrada viva: sus mismos vestidos estaban intactos. El hacha, que era el último recurso de la tiranía, cayó tres veces sobre el cuello de la víctima sin conseguir cortarle la cabeza. Así vivió dos días y dos noches, bañada en su sangre, tendida sobre el pavimento de mármol, y no murió sino después de una última entrevista con Urbano, á quien ella esperaba para hacerle depositario de su testamento. «Padre, le dijo, he pedido al Señor un plazo de tres días, con objeto de recomendaros no sólo los pobres que yo mantenía, sino esta casa, que debe ser consagrada como iglesia para siempre.» Después de haber pronunciado estas palabras y recibido la última bendición del obispo, Cecilia volvió la cara hácia el sol, y dejando caer su brazo al lado derecho, entregó su alma virginal en manos de Dios. En la misma tarde, el cuerpo fué colocado en un ataud de madera de ciprés, con los vestidos bordados de oro que se había puesto para el sacrificio; se la conservó religiosamente en la actitud en que la muerte la sorprendiera, y se colocaron á sus pies los velos y los lienzos empapados en su sangre. Con ayuda de los diáconos, Urbano la transportó al hipogeo de su familia. Había en este lugar una sala fúnebre, en cuyo fondo se abría un arco ligeramente

cimbrado, dispuesto para recibir un sarcófago, y allí fué donde Urbano encerró en una urna de mármol el ataud de la mártir. Desde entonces las víctimas que causara la persecución de Marco Aurelio, vinieron sucesivamente á colocarse en galerías que se excavaban de prisa y que formaron un cementerio en cuyo centro estaba Cecilia, y que fué llamado siempre por los cristianos *ad Sanctam Ceciliam*. Este fué, sin duda, el primer núcleo del cementerio que, como veremos bien pronto, recibió el nombre de Calixto. He aquí, según M. De'Rossi (*Roma sott.*, t. II, tav. XXIX), un dibujo que, á pesar del estado ruinoso en que se encuentra hoy día el monumento, puede dar una idea tan exacta como es posible, de aquellos sitios. Más allá de la puerta cimbrada del hipogeo, la vista penetra hasta el fondo de la sala y alcanza la habitación á flor de tierra en donde se halla colocado el sarcófago, y que permanece hoy día abierto á consecuencia de la caída del tabique que allí se había levantado después de la traslación de la venerable tumba (véase este grabado).



II. Segunda sepultura.—El cuerpo de Santa Cecilia permaneció veinte años en la sepultura donde el obispo Urbano lo había depositado. Bajo el pontificado de Ceferino fué sacado de allí para ser trasladado á otra sala; esta piadosa operación fué confiada á un personaje, después muy célebre, Calixto, que á su vuelta de Cerdeña, donde había estado desterrado y trabajando en las minas con otros muchos cristianos, fué elegido por este Pontífice para desempeñar las importantes funciones de arcediano, y con este título encargado de la dirección del *cementerio*. He ahí su retrato, según antiguo vaso de fondo de oro. Este cementerio no era otro que el principal hipogeo de la Vía Apia, y la libertad con que el Papa tomó entonces posesión de él, permite suponer que la *gens Cæcilia* lo había cedido á la Iglesia romana. En un libro contemporáneo y recientemente encontrado, que se titula *Philosophumena* (Oxon, 1851, edit. Cruice, París, 1860, lib. IX)', es donde lo vemos por primera vez llamado por antonomasia el *cementerio*, siendo esta la causa: se sabe que cuando, en

260, Galieno restituyó al Papa Dionisio los cementerios secuestrados por su padre Valeriano, este Pontífice los distribuyó entre los veinticinco títulos ó parroquias de Roma, y

bajo la dependencia de los sacerdotes titulares de la ciudad. Luego, como el cementerio en cuestión no figura en este reparto, es lógico deducir que no fué asignado á ninguno de los sacerdotes cardenales, sino reservado al mismo Papa, que delegaba su administración en su arcediano. Así, mientras que en el cementerio de Domitila, para limitarnos á este ejemplo, encontramos un epitafio que prueba la jurisdicción de los sacerdotes, *jussu presbiteratus*, en el de Calixto, por el contrario, es la autoridad del Papa mismo la que se invoca por el diácono Severo, *jussu Papæ sui Marcellini* (véase De'Rossi, *Roma sott.*, I, página 208).

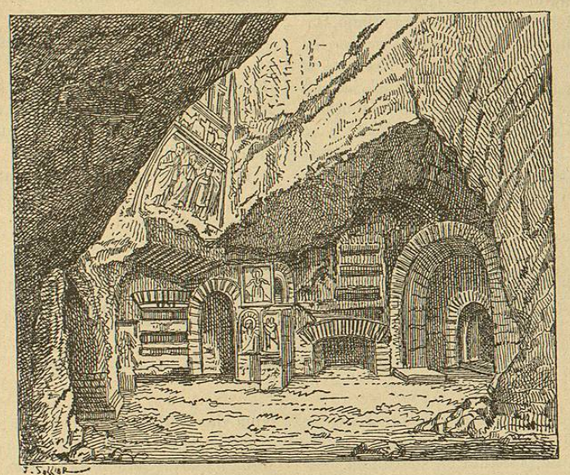
Por último, sea de ello lo que quiera, Calixto se hizo cargo de la obra, y ejerció el puesto de administrador del *cementerio* durante diez y ocho años, después de los cuales fué elegido sumo pontífice. Su primer acto, y el más importante, sin duda, fué, según las órdenes del Soberano Pontífice, variar el destino de la cripta ceciliana y establecer en ella la sepultura de los Papas. Hasta entonces sus predecesores se habían agrupado alrededor de la tumba del Príncipe de los Apóstoles en el Vaticano.

Ceferino, muerto en 218, es el primer Papa que fué sepultado en el hipogeo de la familia Cecilia, llamado en el *Libro pontifical* (*In Callixt.*, 12) su cementerio—*in cœmeterio suo*, —porque él lo había fundado. Calixto, su sucesor, no tardó en unirse á él: asesinado por los paganos en el barrio de Trastevere, fué arrojado á un pozo que se enseña todavía en la iglesia de este santo Pontífice, no lejos de la basílica de Santa María in Trastevere. El segundo que fué depositado en la cripta papal, es Urbano. Pero mientras que los demás Papas fueron enterrados en simples *loculi*, Urbano lo fué en un sarcófago del que monsieur De'Rossi ha encontrado la cubierta que lleva su nombre, como hemos dicho ya. El tercero fué Ponciano, sucesor de Urbano, que sufrió el martirio en una isla del Mediterráneo, llamada Bucina, donde su cuerpo permaneció hasta el pontificado de San Fabián, que lo transportó con gran pompa á la cripta calixtiana. Viene después Antero, ΑΝΤΕΡωϹ ΕΠΙ..... (235), después Fabián, ΦΑΒΙΑΝΟϹ ΕΠΙ. ΜΡ, que le sucedió en la cátedra de Pedro después de sólo un año de pontificado. El sucesor inmediato de Fabián, Cornelio (251), no fué sepultado con sus predecesores, sino excepcionalmente en el cementerio de Lucina, donde se ha descubierto su epitafio: Cornelivs. Martyr. Ep. Lucio, que le sucedió ΛΥΚΙΟϹ (253), se reunió con sus antecesores en la cripta papal, así como Esteban, que había subido á la cátedra pontifical en 254. —Sixto II (257) aparece allí á su vez, pero con honores excepcionales, motivados, sin duda, por lo brillante de su martirio. Porque la cripta, el día en que sus restos fueron en ella admitidos, tomó su nombre—*ad sanctum Sixtum:* la cátedra sobre la cual fué muerto en el cementerio de Pretextato, se trasladó allí teñida toda con su sangre, yendo multitud de peregrinos á escribir cerca de su tumba sus nombres, así como piadosas invocaciones que se leen todavía hoy.—Dionisio, sucesor de Sixto (269), fué también sepultado en la cripta papal, así como Félix (269); después Eutiquio (275), ΕΥΤΙΧΙΑΝΟϹ. ΕΠΙϹ., y, por último, Cayo (283). —Desde entonces hasta principios del siglo IV, ningún Papa fué sepultado en este lugar. Eusebio y Melquíades fueron depositados, á la verdad, en el cementerio de Calixto, pero no en la cripta papal: cada uno lo fué en un *cubiculum* particular.

Pero el nuevo destino dado al hipogeo de los Cæcilii, exigía distintas disposiciones: convenía instalar la cátedra de los Papas, y delante de esta cátedra un altar para la celebración de los santos misterios. Fué, pues, necesario mudar el sarcófago de la Santa, que ocupaba el fondo de la sala, y construir al lado una cripta destinada á darle una sepultura digna de ella. Esta nueva cripta fué abierta en el fondo del hipogeo, hácia la izquierda. En un principio estrecha y obscura, fué más tarde restaurada por el Papa Dámaso. Este Pontífice fué quien abrió su entrada actual, hizo construir la escalera que á ella conduce directamente, y ejecutar otros trabajos para el embellecimiento de la celdita y comodidad de los peregrinos que en los primeros siglos acudían á venerar este santuario, como lo confirman todavía las innumerables firmas trazadas con un punzón sobre el estuco á ambos lados de la puerta y en los muros vecinos. Bajo el pontificado de Sixto III fué, probablemente, cuando se abrió la gran claraboya que la pone en comunicación con el aire exterior, y en cuyo interior fueron pintadas las figuras del mártir Policamo, de Curino, obispo de Siscia en Iliria, y de un personaje desconocido que lleva el nombre de Sebastián, imágenes que todavía hoy se contemplan allí.

Hace veintidós años que M. De'Rossi reconoció exactamente este venerable santuario y pudo describir sus principales condiciones. Este descubrimiento hace completa justicia á la tradición de la Edad Media que, basada en una inscripción del siglo XV, suponia que el cuerpo de Santa Cecilia reposaba en el cementerio de San Sebastián. Allí, es decir, en la capilla practicada por los cuidados de Calixto, al lado de la que fué desde entonces consagrada á la sepultura de los Papas, fué donde la mártir permaneció hasta el siglo IX. Con interés se leerá, en la obra de M. De'Rossi, la conmovedora relación de las circunstancias que rodearon al sabio arqueólogo en el descubrimiento de este tesoro, relación que la brevedad que nos hemos impuesto no nos permite

seguir en todos sus detalles. Pero debemos, por lo menos, al lector la satisfacción de contemplar la cripta en el estado en que se encuentra actualmente, y cuyo dibujo tomamos de la *Roma subterránea* del ilustre maestro (t. II, tav. V).



III. Tercera sepultura ó traslación definitiva. — Hemos dicho que el cuerpo de Santa Cecilia descansó en su nuevo santuario hasta el siglo IX. Entonces, esto es, en Julio de 817, el Papa Pascual I trasladó á las iglesias y monasterios de Roma las reliquias de 2.300 mártires, sacadas de los cementerios profanados y destruídos. Los cuerpos de los pontífices de la célebre cripta papal figuraban en ese número, pero á pesar de las más minuciosas investigaciones hechas por Pascual, y ya empezadas por sus predecesores, la tumba de Cecilia no pudo ser descubierta. Se sabe que cuando los Lombardos invadieron la ciudad de Roma, llevaron su devastación hasta los cementerios de los arrabales, donde abrieron las sepulturas de los mártires y aun robaron varios santos cuerpos. Estos bárbaros habían, especialmente, manifestado deseos de apoderarse del cuerpo de Santa Cecilia, y la buscaron con sin igual tenacidad, persuadiéndose, pues, de que figuró en el desastre común y que formó parte del botín del rey Astolfo.

Pero, en 821, Pascual, habiendo concebido el proyecto de levantar la basílica de la Santa, que estaba en ruinas, y de reconstruirla con una magnificencia superior á la que admiraron los antiguos, sintió renacer todos sus deseos y también sus esperanzas; resolvió, pues, hacer nuevos esfuerzos para recobrar la preciosa reliquia y depositarla en el espléndido templo que la preparaba. Bajó en persona á las criptas, las hizo excavar unas después de otras, pero ninguna le devolvió el sagrado depósito. Renunció, por el momento, á proseguir la empresa, hasta que un acontecimiento maravilloso vino á resucitar su entusiasmo después de cuatro años de descanso. La misma Cecilia se le apareció en sueños cuando, sentado en su cátedra del Vaticano al amanecer se hallaba como adormecido bajo el encanto de las melodías matinales. La Santa le dijo que mientras que él trasladaba las reliquias de los Papas, ella estuvo tan cerca de él, que hubieran podido hablar juntos. Seguimos aquí de abreviado modo el relato de M. De'Rossi, que no es en el fondo más que el del mismo Pascual en su diploma. Guiado por esta visión ó sueño, el Papa se trasladó al sitio que se le había indicado, y allí encontró el cuerpo de la Santa, en la misma actitud que en el momento de su muerte, con la cabeza vuelta hacia el fondo del ataud, como había estado sobre el piso de su cámara cuando exhaló el último suspiro: estaba colocada al lado derecho, los dos brazos extendidos hacia delante, las rodillas juntas, con una ligera inflexión. Estaba fresco é intacto como el día de su sepultura, cubierto con los bordados de oro, y los lienzos manchados de sangre estaban arrollados á sus pies; el ataud era aquel donde el obispo Urbano había depositado el cuerpo, un ataud de madera de ciprés.

¿Cómo la santa tumba había escapado á tantas y tan continuadas investigaciones? No puede contestarse á esta pregunta sino con una conjetura: se sospecha, con cierto grado de verosimilitud, que había estado oculta por una pared con objeto de sustraerla de los invasores lombardos. Era esta una práctica de que tenemos más de un ejemplo: así, en el cementerio de Pretextato, un *arcosolium* que había sido tapiado en el VII ó en el VIII siglo, reapareció á los ojos del P. Marchi y de M. De'Rossi en el momento en que fué derribada la pared.

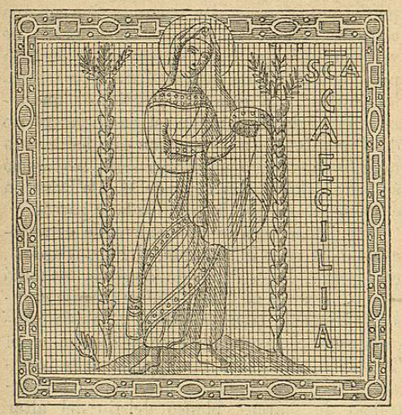
Por último, sea lo que quiera de esta circunstancia poco importante, el Papa Pascual, en posesión de los restos de la mártir, los tomó en sus brazos y no quiso confiar á nadie el insigne honor de transportarla á la iglesia edificada sobre el solar de la casa de Cecilia, en el Trastevere; la colocó, sin cambiar nada la posición en que la había encontrado, en un sarcófago de mármol blanco debajo del altar mayor.

Allí fué encontrada, y precisamente en el mismo estado, 800 años después, por el cardenal Sfondrati, del título de Santa Cecilia,

con motivo de los grandes trabajos de restauración ejecutados á sus expensas en esta augusta basílica. En una vasta cueva abierta bajo el altar mayor, estaban dos sarcófagos, el de la Santa, conteniendo el ataud de ciprés, y el otro encerrando tres cuerpos que eran los de sus compañeros de martirio, Valeriano, Tiburcio y Máximo. El sabio Baronio recibió del Papa Clemente VIII, enfermo en Frascati, la misión de someter las reliquias de la Santa á un escrupuloso examen. Quedaron expuestas durante un mes en esta misma iglesia, y en ella pudo toda la ciudad de Roma contemplarlas y venerarlas. Después de cerrada la tumba, lo cual se hizo á presencia del Papa, que celebró la misa, el cardenal Sfondrati hizo construir un altar en el que fué colocada la notable estatua de mármol que el escultor Maderno había ejecutado, después de examinar á intervalos la actitud de la Santa en su tumba.

Los lectores que deseen conocer en todos sus detalles la historia de las diferentes traslaciones del cuerpo de Santa Cecilia, pueden consultar la notable obra de M. el comendador De'Rossi, ó bien la historia de la Santa por el R. P. abate Guéranger, que es un resumen de aquélla (París, Didot, 1874).

IV. La más antigua imágen de Santa Cecilia pertenece, creemos nosotros, al siglo VI Se encuentra en el mosáico del ábside de San Apolinario de Rávena, terminada en 570 á solicitud del arzobispo Agnellus. Santa Cecilia figura allí en el número de los veinticinco mártires que vienen á presentar á Cristo su corona, en un paño de su rico vestido. Estas imágenes están separadas, según el uso adoptado por los mosaistas bizantinos, por palmeras, que son el emblema de la mansión celestial (véase el artículo *Arboles*). Aquí damos esta imágen según Ciampini (*Vet. monim.*, t. II, tav. XXVI).



Al siglo VII se atribuye el fresco que todavía se ve en la cripta de Santa Cecilia, y cuyo descubrimiento, hecho en 1854, designa, de incontestable manera, el lugar donde Calixto llevó á cabo la primera traslación del cuerpo de la hija de los Cæcilii.

Pero pinturas mucho más antiguas y probablemente contemporáneas de la fundación de la cripta, existían todavía, aunque en un estado de destrucción casi completa, encima de la imagen que damos aquí, y sobre la pared de la claraboya abierta para dar aire y luz á este venerable santuario (véase el artículo *Luminare cryptæ*). Distinguíanse en la época del descubrimiento los contornos de una figura de mujer en actitud de orar, que era, sin duda, la representación primitiva de la Santa. Debajo de esta imagen está pintada una cruz que tiene á los lados dos ovejas; en la base de la claraboya están las figuras de POLICAMVS, SEBASTIANVS, CVRINVS, que datan probablemente del IV ó del V siglo. No hay, que nosotros sepamos al menos, ningún dato referente, de más ó menos directo modo, á estos personajes, en la historia de Santa Cecilia. Por último, al pié de la imágen que damos en la página siguiente, *Rom. sott.*, II, pl. VI), y que, si juzgamos por algunos cubos de diferentes colores que todavía subsisten en sus bordes, parece haber sido colocada sobre un antiguo mosaico, se ve una pintura de estilo bizantino, pero de época posterior, que representa á Nuestro Señor en un seminicho, y á su lado, en una superficie plana, á San Urbano con los vestidos pontificales. Estos diversos asuntos se destacan bastante en el croquis de la cripta para que el lector pueda darse cuenta casi exacta de su disposición.

Sea lo que quiera, de estos primeros ensayos de glorificación de la joven mártir por las artes, fué, especialmente en la Edad Media y en el Renacimiento, cuando todos los grandes artistas, desde Cimabue á Rafael, etc., consagraron su genio á pintar, bajo todos sus aspectos y en todas las circunstancias de su vida y de su muerte, esta grande figura de santa, una de las más populares que nos ofrecen los fastos de la Iglesia. Pero en este rápido estudio nosotros no podemos traspasar los límites de la antigüedad propiamente dicha, que son también los que hemos debido tratar en la presente obra.

CEMENTERIO (κοιμητήριον).— La palabra *cementerio*, para designar la última morada del hombre, es exclusivamente cristiana. *Cœmeterium recubitorium vel dormitorium est mortuorum, qui ideo ab Ecclesia dormientes dicuntur, quia resurrecturi non dubitantur* (Walfrid. Strab. *De reb. cul.*, c. VI). El único ejemplo pagano donde se encuentra (Aringhi., R. S., I, 5) es de una atribución dudosa. Se deriva del griego κοιμητηριον, que quiere decir dormitorio, y tiene por equivalente *dormitorium*, empleado alguna vez en los autores, sobre todo en las actas de los mártires; en las de San Maximiliano, por ejemplo, se lee: *Pompeiana matrona corpus ejus de judice eruit et imposito in dormitorio suo* (Ruinart, página 264., III). Parece que designaba á veces una simple sepultura de familia. Boldetti (página 633) indica en Malta un hipogeo de esta clase, donde se encuentra una inscripción griega confirmando que el cementerio **KOIMHTPION** (*sic*) había sido comprado y restaurado por un cristiano llamado Zósimo. Una inscripción de Florencia parece también suponer que la palabra cementerio podía aplicarse á una tumba aislada. En ella se dice que varios niños de una misma familia habían sido enterrados, cada uno en un cementerio particular: QVI POSITI SVNT ‖ PER SINGVLA CE ‖ METERIA (véase Foggini. *De Roman. itin. Petri*, pág. 295).

El nombre de cementerio es raro en las inscripciones. El epitafio de Sabinus (Perret, V, XXIX, 67) es el único, créese, donde se lee:

SABINI BISO
MVM SEBIBUM
FECIT SIBI IN CYMI
TERIVM BALBINÆ
IN CRYPTA NOBA.

El dogma consolador de la resurrección de la carne hace que el cristiano mire su muerte como un sueño pasajero: *In Christianis*, dice San Jerónimo (*Epist.* XXIX), *mors non est mors, sed dormitio et somnus appellatur;* «entre los cristianos, la muerte no es la muerte, sino una *dormición*, y se llama sueño»; y esta creencia se expresaba, no sólo por la palabra *Cœmeterium* dada al sitio donde descansaban los cuerpos de los fieles, sino también por las fórmulas y aclamaciones que eran inscritas en la tumba de cada uno de ellos, y que siempre expresaban las mismas ideas de esperanza y de lo futuro: DEPOSITVS,—DORMIT Ó QVIESCIT IN PACE. Si se abre al azar un libro de inscrip-